

SEXUALIDAD

Año III. Núm. 79

Precio: 25 céntimos

21 Noviembre 1926



Ayuntamiento de Madrid



HOTEL FLORIDA Madrid

Doseientas habitaciones,
todo confort e
higiene

El mejor situado y más
económico de los ho-
teles modernos

Plaza del Callao
(GRAN VIA)

ANTONIO ARDID

NEUMATICOS Y ACCESORIOS PARA AUTOMOVILES



Génova, 4. - MADRID

SEXUALIDAD

REVISTA ILUSTRADA DE HIGIENE SOCIAL

El fin que nos proponemos es la preservación de las enfermedades evitables y el desarrollo de la educación física y moral como salvación a nuestra juventud

Número corriente: 25 céntimos SE PUBLICA LOS DOMINGOS Número atrasado: una peseta

Redacción y Administración:
ALCALA, 53. — MADRID
Teléfono 27-61 M.

DIRECTOR:
Dr. Navarro Fernández

Precios de suscripción:
Trimestre..... 3 pesetas
Semestre..... 6 —
Año..... 10 —

La moral ante los sexos

La moral se ha definido siempre como sexual. En apoyo de esta ética fundamental sexual podemos vislumbrar en la Historia que ha sido supeditada en absoluto a la virginidad. Cualquier fraude en la licencia amorosa ha sido sincerado, con tal de que no haya sufrido menoscabo el aurea virginal, aunque haya padecido torpemente la honestidad.

Los pueblos paganos conservaron sus ritos y leyendas, elevando suntuosos templos de veneradas sacerdotisas que se inmolan en aras del amor sacerdotal, y sus fiestas rendían homenaje libertino al amor, con la única limitación de la conservación de la virginidad, ya que no había sido posible ser respetada la doncella en su honestidad. Nada más arbitrario y acomodaticio, pues no obedecía a un dogma sino que era consecuencia de las conveniencias sociales de cada pueblo y variaba según su tradición, religión o espíritu de la época.

La civilización de los grandes países de bienestar económico ha cambiado este concepto totalmente. En las grandes ciudades la honestidad sigue siendo patrimonio de un ser moral, pero consistente tan sólo en la virtud que supone la pureza del corazón. Han dejado de influir sobre la virginidad las opiniones

sociales que condenaban la sexualidad femenina con juicios y castigos, y aquellas ceremonias y supersticiones de uso tan continuado en la edad antigua han llegado a ser atenuadas por las costumbres de esos pueblos, y estos ya no consideran deshonesto ni aun a la mujer que ha tenido un hijo ilegítimo. Reciente está todavía la campaña de la prensa francesa en favor del hijo ilegítimo que ha dado por resultado la promulgación de sus derechos civiles en el reparto económico familiar que supone la herencia, ya que antes la costumbre inveterada del pueblo francés había considerado al hijo ilegítimo tan sólo como un ser moral.

El amor ilícito, fruto de las costumbres más deshonestas, se ha reglamentado; el código severo ha suavizado sus artículos para la madre que no cree haberse deshonrado ante el hombre al que concedió su amor creyendo que habría de tomarla por esposa, y ante el que inmoló su virginidad y sus atributos de doncella.

Ante la maternidad la virtualidad virginal ha tomado un valor relativo, convencional y dependiente de las ideas generosas y humanitarias de la sociedad moderna. La moral ha cambiado; el galo en la antigüedad tenía

derecho de vida y muerte sobre su esposa, la cual era quemada viva a su muerte; los longobardos vendían la mujer al hombre, y hasta tenían un arancel que tasaba el precio de la muerte dada a las mujeres; y César Cantú nos da el precio de sacrificio cuando dice: Si era estéril era condenado en ocho mil dineros; si había tenido hijos en veinticuatro mil; y si estaba encinta en veintiocho mil.

En nuestro siglo la mujer redimida tiene, sin embargo, que seguir hoy al que la solicita, siendo para ella el crimen más deshonoroso el abandono por el hombre para el que ella no tiene la fortaleza de resistir, y en cuya lucha,

unidos grandes y pequeños, ha de salir indemne del sacrificio, si no encuentra el subsiguiente casamiento que convertirá en honesta, casta y pura la amalgama de todos sus ideales. El día del himeneo será la consagración de haberse sabido conservar virgen y el casamiento habrá sellado su honestidad, y ella sabrá guardar cautelosamente el honor de la familia.

Mas la esposa repudiada y la mujer soltera que no haya sido elegida consumirá su juventud y su vida entera sin poder exhalar una queja de dolor ante cupido, que la recriminará de no ser honesta.

Dr. Navarro Fernández

HIGIENE SOCIAL

EL HIPNOTISMO Y LA PEDAGOGIA

Si importancia tiene el hipnotismo en sus aplicaciones a la Medicina, como vimos en el anterior artículo, sobre este asunto, no es menor su trascendencia al considerarlo desde el punto de vista pedagógico.

No es nueva la idea de aplicar la sugestión hipnótica a la educación del niño. Ya en 1886, Bérillon en Nancy, planteó esta cuestión ante la Sección de Pedagogía de la Asociación francesa para el progreso de las ciencias, siendo apoyado en su pretensión por el profesor Liébeault; Voisin en 1888, se mostró partidario de la sugestión como factor necesario en la pedagogía; Water Rose en 1898, se pronunció en el mismo sentido; y los profesores Horn, en 1901, y Picht, en 1913, defendieron la tesis inaugurada por Bérillon. Posteriormente se han hecho infinidad de tra-

bajos con respecto a esta cuestión, cerrándose la serie con los cursos prácticos y gratuitos para la educación de la autosugestión que se han organizado en el Instituto Rousseau de Ginebra, por el profesor Baudouin.

La pedagogía comprende dos grandes aspectos que son: la educación del niño normal, y el cuidado y enseñanza de los niños anormales. Por tanto al pretender aplicar el hipnotismo al arte educativo, debemos tener en cuenta esos dos aspectos, con objeto de que el método a emplear rinda los máximos beneficios.

Para los niños anormales está indicado el hipnotismo propiamente dicho, la heterosugestión intra y posthipnótica que, poco a poco y de una manera eficaz, combata las perturbaciones anímicas en todo su amplio radio de acción, y las destierre finalmente de las infantiles y enfermas imaginaciones. Los vicios precoces, las anomalías del instinto,

SEXUALIDAD

las aberraciones y perversiones morales y sexuales pueden, por este método, destruirse, desarrollando al mismo tiempo los instintos beneficiosos y las facultades conscientes. Todo esto no es producto de la fantasía, sino corolario de bien comprobadas experiencias en este sentido, efectuadas por profesores de tanta solvencia moral como Liébeault, Voisin, Bérillon, Dumont, Durand de Gros, Jong, Bernheim, Gorodichze, etc. Es verdad que existen niños anormales que, como los idiotas, son poco sensibles a la acción hipnótica; pero de todos modos algo se puede conseguir de ellos y, en último caso, aunque nada se lograse, esto no es razón suficiente para condenar un método, privando a los demás niños anormales de los beneficios que puede reportarles la hipnosis inteligentemente aplicada.

El procedimiento para los niños normales, necesariamente tiene que diferir del anterior por cuanto va a actuar sobre mentalidades diferentes, sobre cerebros más normalmente constituidos. Aquí no habrá necesidad de emplear la heterosugestión. El método a seguir será el que preconiza la Escuela de Nancy: la autosugestión; la enseñanza de la autosugestión. Con demostraciones muy simples, muy sencillas y hasta divertidas, se puede inculcar en el espíritu del niño la afición a estos estudios; una vez esto conseguido, irle poniendo en condiciones de que practique la autosugestión, desde el grado más ligero al más complicado. La lección autosugestiva, junto con las de gramática, aritmética, etc., le colocará insensiblemente en disposición de adueñarse de los principios de la autosugestión, como se posesiona de los demás principios científicos; aprendería, como dice Baudouin, a obtener el máximun de resultados con el esfuerzo mínimo; desenvolvería la memoria y la atención, prevendría muchas veces la enfermedad, y, finalmente, adquiriría un método de inestimable valor para su futura batalla con la vida.

Ya sé que todo esto de la lección de gramática junto con la de autosugestión, el desarrollo de la memoria por la hipnosis, etc., son ideas tan heterodoxas, que harán sonreír a más de una persona; pero la sonrisa de esas personas nos probará solamente su grado de... ligereza, ya que a nadie le es lícito mostrar parcialidad sobre un hecho que totalmente desconoce.

También los padres serían, al principio, enemigos de este sistema, porque dirían, sobre todo ahora que tanto se ha hablado de los peligros del hipnotismo: «Yo no mando a mi hijo a la escuela para que lo hipnoticen». (Esto también es cuestión de pedagogía; cuestión de imperfecta enseñanza de esos padres cuando eran niños). Sería, pues, necesario hacerles comprender que no es esto, que la autosugestión no es el sueño hipnótico, y que, si querían que su hijo respondiese a las esperanzas que en él cifraban, debían ellos mismos coadyuvar a la labor educativa del maestro, aprovechando el sueño natural del niño para inculcarle—como recomienda el profesor Coué—las sugerencias beneficiosas.

Hay algunos autores que replican que este sistema de educación es inmoral, porque atenta contra la libertad moral del niño. No tienen en cuenta esos impugnadores que el niño está expuesto constantemente a toda clase de sugerencias buenas y malas, orales e imitativas, y que, por tanto, no puede ser inmoral la sugestión que, librándole de las influencias nefastas, le encamine por la senda del perfeccionamiento físico y moral.

El hipnotismo cae de lleno en el campo de la pedagogía, y constituye un auxiliar tan precioso para los educadores, que todos ellos debieran conocer y aplicar sus principios, no dejando que se pierda estérilmente ese caudal magnífico de posibilidades que la ciencia hipnótica nos descubre. Recordemos la valiente frase de Herbert Parkyn: «El uso consciente

de la autosugestión debe ser enseñado a los niños en las escuelas públicas».

Es verdaderamente incomprensible que se moldeen las inteligencias infantiles a base de preceptos morales y científicos, y no esté incluido dentro del programa pedagógico la enseñanza del dominio sobre sí mismo, que sería de suma utilidad al niño, en su futura lucha por la existencia.

La escuela representa un factor de tanta importancia en el progreso de los pueblos, que la prosperidad de un país puede medirse por el número de centros de cultura que posee. Y siendo esto evidente, no es menos cierto que todo lo que contribuya a perfeccionar los procedimientos educativos, debe ser aceptado como auxiliar más o menos subalterno de la instrucción. En este caso se encuentra la hipnosis con sus diferentes grados y formas; ella educa la voluntad y proporciona el dominio sobre sí mismo, añadiendo con esto un elemento de mucha utilidad a los principios culturales del hombre. No hay que olvidar que la instrucción insuficiente en un individuo, junto con su falta de voluntad, puede ocasionarle verdaderas catástrofes; que de hecho le coloca ya en un grado de inferioridad, respecto a los demás hombres, que su abulia y su educación cultural deficiente, pueden degenerar en vagancia o en un fracaso de su vida por falta de medios de defensa, que los vagos (abúlicos), y los vencidos, suelen caer en la mendicidad, y que la mendicidad está ya rozando las fronteras de la delincuencia. Por esto la hipnosis, que vigoriza la voluntad y proporciona el autodomínio, debe ser adoptada por la pedagogía como uno de sus más principales auxiliares.

Existe en el mercado una gran profusión de literatura estimulante—dominando las Escuelas americanas—que tiende a la educación de la voluntad. Esta literatura tiene mucha aceptación, lo que nos indica que es necesaria, que existe en nosotros una gran dosis de

abulia y que, conscientes de ella, deseamos extirparla. Esta abulia es debida a que en las escuelas no nos enseñaron lo que ahora queremos aprender: la educación de la voluntad por medio de la autosugestión.

Sería, pues, de desear con miras al mañana, que este método educativo, fuese adoptado por todas las escuelas y ampliado a los Institutos, Academias y Universidades, y, teniendo en cuenta que sólo la autosugestión nos proporciona el autodomínio, que todos los centros de enseñanza ostentasen como lema la famosa inscripción del frontispicio del templo de Delfos: Conócete a ti mismo.

Una vez que el niño aprendiese los principios autosugestivos, saldría ya de la escuela empezando a conocerse, y terminaría conquistando, en superiores centros de cultura, el pleno conocimiento de sí mismo. Y la conciencia de este propio conocimiento es lo que verdaderamente pone al hombre en condiciones de ser más feliz en la vida, porque le coloca en el camino de una evolución rápida y fructífera.

E. Gómez Sebastián

Los Resultados de la Herencia

II

Volvemos de nuevo al tema de nuestro artículo anterior, ya que la amabilidad del Director de SEXUALIDAD, así lo permite. Y decíamos que el gravísimo mal que aqueja a la raza con los resultados de la herencia fisiológica es de una complejidad tal, que sus resultados nocivos se extienden a todas las esferas y aspectos de la vida del individuo. Por tanto, es la vida nacional en su aspecto fisiológico y moral, la que participa del mal que

apuntamos, pues escudriñando estadísticamente en las esferas donde rige y manda la ciencia de Hipócrates, podríamos también suponer que es un tanto muy reducido, en la especie humana, el que disfruta de completa salud sin indicios siquiera de mal hereditario.

Pero no ampliemos ni la triste realidad, ni la imaginación que se exalta ante la percepción de *vidas hereditarias*. Y es que se proyecta con tal intensidad en nuestra retina visual, transportada vertiginosamente al espíritu, con alas vibratorias de amargura, que no podemos desechar el recuerdo constante de tantos casos y tantos hechos y tantas lágrimas derramadas por esta causa de la herencia de la sangre.

El problema es harto laborioso en su resolución, dado el caso de que pudiera solucionarse en un breve lapso de tiempo, pues ello significaría el triunfo mayor que pudiera registrar la humanidad, ¡y es tan difícil! Nos atrevemos a asegurar que imposible. Pero poner algún remedio; ir suavizando lentamente las asperezas del mal; ir despejando las incógnitas, como si de algebraicos teoremas se tratara, para poner abono en esos cerebros rehacios y duros ahora, a la producción de ideas que vibren y ondeen en los espacios donde impera la voluntad del *querer*.

Veamos un aspecto. Existen asociaciones benéficas de diversa índole; centros de Protección a la Infancia; Sanatorios para tuberculosos; Reformatorios para anormales; Instituciones de Higiene de Puericultura; Gotas de Leche; Comedores de Caridad; Cantinas Escolares; Colonias infantiles a orillas del mar y en la montaña. Todo este número de voluntades puestas al servicio de una noble idea, la de hacer el bien, no nos parece bastante para condensar y fundir en una sola Institución magna de Higiene social que responda de una manera eficaz a la necesidad absoluta y apuntada. Porque nos parece que la mayoría de esas Asociaciones, constituidas y

formadas por buenas personas que se unen para hacer el bien, o no consiguen enlazar el espíritu y la materia de la primitiva idea para que produzca sus altruistas y óptimos resultados, o no saben aunar perfectamente a los subalternos o secundarios, que son al fin, los que bastardean, los que adulteran, los que matan la función originaria.

¿Motivos de esto último? Son tantos y de tan compleja trabazón social, que sería tristeza y menoscabo de la dignidad espiritual que encumbra este aspecto de la noble idea caritativa, el enunciarlos. Si es así; si el mal de la herencia fisiológica hay que atajarlo curando y sanando la raíz de donde germina, es necesario, imprescindible, fundar sanatorios que reemplacen a las diversas instituciones que hemos enumerado anteriormente; pero que sean efectivamente sanatorios, bien a orillas del mar, bien en las cimas de las montañas; y al fundarlos, proyectemos su formación de tal modo que todo el amor y la voluntad de que seamos capaces aportar como hombres y como patriotas de noble historia, sean poco para estudiar el funcionamiento de esos sanatorios, ya que su ejecución material sería cosa sencillísima y asequible a todo arquitecto que amara su profesión.

De estos sanatorios para niños *hereditarios* deberían fundarse tantos como Escuelas, y ellos estarían situados en todas las grandes ciudades que tuvieran su asiento en las costas o en las faldas de las montañas; y de tal modo atendidos y organizados, que como decimos antes, los espíritus más selectos en nobleza, hidalguía, abnegación, sacrificio, fuesen quienes impulsaran y guiaran su funcionamiento. Allí sería obligatorio dar a luz y criar por todas aquellas mujeres unidas a individuos hereditarios; allí sería obligatoria la presentación de los recién nacidos sanos, para obtener una certificación médica, mediante un *verdadero* reconocimiento, y este acto que sería a modo de circuncisión higiénica, val-

dría lo bastante para que en lo sucesivo sirviera de patente de validez fisiológica, cuya patente reemplazaría en ventaja físico-moral a ese certificado de aptitud higiénica que existe como ley en algunas naciones.

Pero de esto nos ocuparemos en otro artículo, para no hacer éste pesado y poco atractivo, ya que sólo apuntamos ideas en silueta esquemática.

Miguel Lucena

Octubre 1926.

Transmisión hereditaria de un desarrollo prematuro del instinto sexual

El desenvolvimiento prematuro del instinto sexual aparece frecuentemente entre los psicópatas. El examen de 355 individuos de la prisión correccional de Gratz, mostró entre los criminales reincidentes (75 % del número total), tres cuartas partes de psicópatas; entre éstos, las primeras manifestaciones sexuales se produjeron muy a menudo, del octavo al décimo año, y siempre antes del décimo cuarto. El medio ambiente, las condiciones de vida, el ejemplo, la seducción, etc., jugaron seguramente en su psiquismo un papel importante. La mayor parte de esos individuos entraron en relaciones sexuales antes de los diez y ocho años, veintiseis de ellos a los catorce años, y hasta algunos afirmaron haber comenzado todavía antes. Estos individuos se distinguen también durante su vida posterior por una sensualidad excesiva, ejecutando con mucha frecuencia el acto sexual, y entregándose a toda clase de perversiones.

La observación siguiente corresponde a una familia, cuya sexualidad anormalmente aumentada y comenzada prematuramente, está aferrada en la masa hereditaria.

El padre, un empleado particular, descien-

de de una familia de alcohólicos. Es producto de un doble embarazo. Extraordinariamente sensual desde su infancia. Obsesiona constantemente a su mujer con peticiones sexuales, y busca al mismo tiempo a otras mujeres. Por esto su matrimonio fué anulado.

La madre, una mujer delicada, débil, tuberculosa, no demuestra ninguna anormalidad en su conducta sexual, y no es psicópata. Vive exclusivamente para sus hijos. El mayor de ellos cuenta seis años y medio; y siente desde la edad de un año, numerosas erecciones que le son desagradables y se originan cuando quiere orinar. La eyaculación y la masturbación, parecen no haber aparecido todavía.

Tuvo la madre, en un aborto de cuatro meses, por consecuencia de enfermedad, dos gemelos; los niños murieron de un año. Enseguida un nuevo nacimiento de niñas gemelas; éstas tienen al presente cinco años, y no muestran ninguna anomalía desde el punto de vista sexual.

El último embarazo produce de nuevo dos niños gemelos, que ahora tienen veintidos meses. Estos tenían ya desde su nacimiento grandemente desarrollados los órganos sexuales, y desde el sexto mes de su vida se podían observar en ellos principios de erección, bien espontáneamente, bien a consecuencia de un contacto cualquiera. Este fenómeno es ahora, a los veintidos meses, mucho más pronunciado.

Tenemos, pues, aquí un desenvolvimiento prematuro del instinto sexual a través de la familia (instinto sexual paradógico, en opinión de Moll). Nosotros lo consideramos como la verdadera transmisión hereditaria, por parte del padre. El medio no juega aquí ningún papel. Los repetidos embarazos gemelares son evidentemente debidos a una transmisión hereditaria del padre, quien él mismo era también producto de un embarazo gemelar.

Dr. Rudolf Polland

El efecto del instinto sexual en la vida social de la juventud

Se puede observar entre los niños, hasta los tres años, y de los tres a los ocho, una sensibilidad corporal equivalente al instinto sexual, como una reminiscencia fetal, aunque siempre con tendencia a disminuir.

En la edad de nueve a doce años, la vida social del niño está representada por su apreciación objetiva del exterior.

En la edad de trece a quince años, el instinto sexual domina los pensamientos del niño. Sus acciones están regidas por los sentimientos sociales inconscientes.

De los quince a los diez y seis años, se forma el ideal de la vida erótica como consecuencia de la entrada en vigor de las fuerzas vitales sociales.

En la edad de los diez y siete a los veinte años, el joven separa la excitación sexual, tanto en su vida individual como en la vida social, de los puntos de vista sociales, morales y culturales, y bajo la influencia de éstos, el pensamiento ideal así como la apreciación objetiva del mundo llegan a ser el motivo dominante de la vida social del joven. Se observa en ellos la tendencia a rechazar la vida sexual a las épocas anteriores.

Ladislau Nagy.

Budapest Octubre 1926.

ANTICATARRAL

García Suárez



¡Gracias a él!

quedo asegurado contra
**catarros, tos,
pulmonías y tuberculosis**

Antiséptico enérgico de las
respiratorias y reconstituyente eficaz

no tiene calmantes

Una cucharada antes de cada comida

Sexualidad

Revista de Higiene Social
Se publica los domingos

Ayuntamiento de Madrid

PEDAGOGIA

Plan y método de enseñanza

Los autores admiten una porción de métodos de enseñanza, y si hubiéramos de seguirlos en este camino, acabaríamos por no saber qué partido tomar, dada la complicación que iría aneja a la metodología. Compaysé, dice que todos pueden reducirse a dos, si atendemos solamente al orden que seguimos en la distribución y unión de las verdades, y de los hechos señalados, y a cuatro, cuando más, si se tiene en cuenta, no solo esto, sino la forma que se da a la enseñanza. En efecto, si consideramos el orden lógico que preside en toda enseñanza a la sucesión de proporciones, el profesor que comunica la verdad, que enseña al discípulo, no dispone más que de dos métodos: o parte de los hechos, hace que los discípulos lo observen, los clasifica y conduce al niño hasta la ley, y entonces el método es de inducción, o partiendo de principios y verdades generales que hace comprender a los alumnos, desciende hasta la aplicación de estos principios a casos particulares, y entonces el método es deductivo, pero como el orden y la forma no pueden en realidad separarse de la enseñanza, y ya practiquemos uno u otro método, tenemos que hacerlo bien, exponiendo la lección a los discípulos, por medio de una explicación no interrumpida, o bien en forma de preguntas, que pongan a los alumnos en camino de descubrir por sí

mismos, lo que se les quiere enseñar, es decir en forma expositiva o interrogativa o socrática, de aquí los cuatro métodos que distingue Compaysé, y a los que según él, pueden reducirse los demás: método inductivo, en forma expositiva, ídem, en forma interrogativa, método deductivo, en forma expositiva, y el mismo, en forma interrogativa. Cual de ellos dé mejor resultado, es cosa que depende, como hemos dicho, de los conocimientos que se le hayan de enseñar, de las condiciones de los alumnos, y del grado de enseñanza.

El señor Blanco, admite el análisis y la síntesis como métodos generales de enseñanza; pero hay tal confusión entre la significación, que los filósofos y pedagogos, han dado a uno y otro término, y tal disparidad de criterio, que como dice un pedagogo, vienen a oscurecer y hacer más compleja la cuestión de los métodos, sin ventaja alguna seria.

El análisis, dice el señor Blanco, consiste en ascender desde el conocimiento del efecto, al de la causa, y la síntesis en descender de la causa a los efectos. Pero también siguiendo a Balmes, dice que el análisis consiste en proceder de lo compuesto a lo simple, y la síntesis de lo simple, a lo compuesto; y esto que parece una contradicción, el autor citado lo explica con un ejemplo. Cuando descomponemos el agua, analizamos y vemos del efecto, que es el agua, a las causas, que son los componentes (oxígeno e hidrógeno), pero cuando recomponemos el agua, sintetizamos

No te pedimos que seas casto sino cauto, para una mejor descendencia.

Ayuntamiento de Madrid

y vamos de la causa al efecto. Para muchos pedagogos el análisis equivale a la inducción, y la síntesis a la deducción; para otros, como para M. Dagnet, tiene estos términos una simplificación completamente opuesta. Sea de ello lo que quiera, podemos decir que el análisis y síntesis coinciden con inducción y deducción, según unos autores, o caben los dos dentro de cada uno de aquellos, según otros, que más que verdaderos métodos, los consideran procedimientos, que deben ir siempre juntos, pues como dice Parcal, es imposible conocer las partes, sin conocer el todo, así como conocer el todo, sin conocer las partes.

Muchos autores, en virtud de la confusión señalada de plan y método de enseñanza, consideran métodos que en realidad no son sino procedimientos o formas de enseñanza, como si por ejemplo, el que llaman método cíclico y el concéntrico. Consiste el primero, en graduar la intensidad de la enseñanza, constituyendo un ciclo, cada grado, y conteniendo cada ciclo toda la materia de enseñanza, con distinta intensidad cada vez, según el grado que corresponda. El método concéntrico, consiste en estudiar los objetos en varios aspectos, y ser parcialmente como se estudian por asignaturas, eligiendo un punto de concentración, que viene a ser el eje del programa, y procurando que haya analogía entre los estudios cocentrados. Estos dos procedimientos pueden coexistir o pueden ser inde-

pendientes, como distintos que son. También se habla, y se hacen grandes elogios de método intuitivo, aunque bien observado este, no es si no un procedimiento especial, que puede y debe ser agregado a los métodos esenciales de que hemos hablado: el método intuitivo, no es en último término, sino el método experimental, aplicado a la enseñanza; una llamada constante a la experiencia y a la observación, y todos estos métodos que con diversos nombres tienden a hacer que el niño descubra la verdad, que se le quiere enseñar, no son sino aspectos del método experimental, que a su vez, no es sino un modo distinto de nombrar el todo, o parte del método inductivo. Lo esencial en esta cuestión, repetimos, es la necesidad de tener en cuenta al aplicar un método, la naturaleza del niño, y de los conocimientos que se le han de comunicar; la primera condición para enseñar con éxito, es poseer a fondo la ciencia que se quiere enseñar. Comerin, decía en su «Didáctica Magna», que el método natural es necesario; Pestalozzi, fundaba su método en un acuerdo perfecto con la marcha de la naturaleza, y Spencer, dice, que debe desecharse todo método que no despierte el interés de los niños, y que en la enseñanza debemos seguir la marcha que la naturaleza nos enseña, en la evolución del espíritu, yendo de lo concreto, a lo abstracto, de lo fácil, a lo difícil.

M. R,

Obras de vulgarización científica que facilita la lectura

CHENA Y C.^a

Atocha, 145.-Apartado 7.004.-Madrid

MARAÑÓN.—Tres ensayos sobre la vida sexual. Sexo, trabajo, deporte. Maternidad y feminismo. Educación sexual, y diferenciación sexual.—Pesetas, 5.

HANS SPITZY.—La educación física del niño. Traducción del alemán por el doctor Bastos Ansart.—Pesetas, 5

MAX-NASSAUER.—El cuerpo y la vida de la mujer en estado de salud y enfermedad, con prólogo del doctor Enrique Suñer.—Pesetas, 5.

MINERO ORTOPEDICO

Príncipe, núm. 28.-MADRID

Ayuntamiento de Madrid

Página femenina

La escuela y el hogar

En el número próximo pasado de esta Revista, me ocupé a grandes razgos del problema escolar. En este voy a tratar de la influencia del hogar en la escuela, considerando el hogar como base primordial de la educación, secundadas por la labor instructiva de la escuela.

La familia ha constituido en todas las edades, a partir de la aparición de los seres humanos, el patrimonio de la sociedad. El vínculo familiar es la potencia que ha de garantizar en todo momento la resistencia social. El hogar debe ser, a la vez que el templo donde se tributen los más grandes honores, el tabernáculo que encierre los más sublimes deberes; debe ser taller, lugar de esparcimiento, escuela, etc.

Un ejemplo palpitante de la educación en el hogar, nos lo muestran las páginas de la Historia Pedagógica. En el pueblo hebreo, la educación era puramente doméstica. El niño aprendía de sus padres los elementos de la lectura y escritura. Los padres se cuidaban más de la educación moral, sin que por esto desatendieran la educación física; prueba de ello, como lo demuestra la Sagrada Escritura, es que formaran un pueblo agrícola y guerrero. Las leyes descendían a preceptos minuciosos para la educación del niño. El padre, según los rabinos, debía cinco cosas a su hijo: circundarle, rescatarle, darle un oficio, instruirle en la ley y darle una esposa.

Sa omón, uno de los reyes más sabios del pueblo hebreo, puso la sabiduría en proverbios, y en los libros que escribió hay pensamientos sobre la educación moral, que merecen consignarse:

«Por sus inclinaciones se conoce en el niño si sus obras serán limpias y rectas, y estas inclinaciones las forma y fortifica la educación».

«Instruid a vuestro hijo, trabajad en for-

marle, para evitar os deshonre con su vida licenciosa».

«El más fino amor a los hijos es la enseñanza respectiva a sus diferentes edades».

«Escucha sosegadamente lo que te dicen para que les entiendas y respondas con sagaz prudencia».

He aquí cómo aquellos pueblos concedían una importancia a la educación familiar, acaso impropia de su civilización. Sin embargo, en nuestros días, vergüenza siento al recordarlo, muchos de los padres no se preocupan en nada de sus hijos. Los unos porque disfrutando de una posición desahogada, ponen sus hijos en manos mercenarias para evitarse las molestias que trae consigo su educación y cuidado, dando lugar con esto a que los niños que son entregados, en su primera infancia, a personas extrañas, no conocen las sublimes caricias de la maternidad y llegan a ser hombres sabiendo que los señores de X son sus padres, pero ignorando sus caricias y, por tanto, su verdadera paternidad.

Los otros, porque careciendo de recursos para poderles proporcionar un bienestar material, los abandonan a su libre albedrío, sin ocuparse siquiera de darles ejemplo en el seno de su hogar.

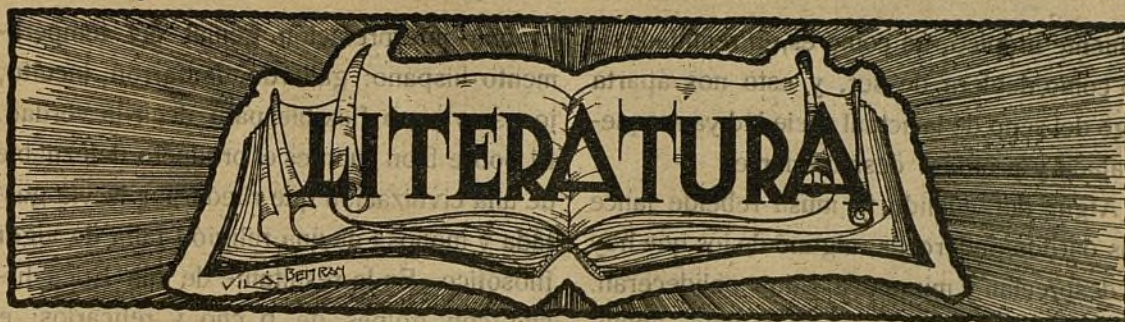
Unos y otros son igualmente culpables. Ambos cometen un *infanticidio* moral.

Los verdaderos padres son los que resignadamente sufren las consecuencias de haber engendrado un sér; los que ponen todo su amor y todas sus energías en la vida y la educación de sus hijos, dándoles ejemplo con su conducta y enseñándoles a seguir el verdadero camino de la virtud y la sabiduría.

Menester era fundar escuelas para educar a los padres, con ello no resultaría infructuosa la labor escolar ni trabajaría el maestro con el dolor de que lo aprendido en la escuela lo pierdan luego en su hogar.

Carmen Moreno y Díaz-Prieto

Ayuntamiento de Madrid



ESCARCEOS LITERARIOS

Un aguafuerte de la vida

He presenciado un caso digno de tratar, lector. Paso por la calle de Alcalá en su momento de mayor bullicio y algarabía: un día de fiesta al anochecer. Tranvías, taxis y coches en enorme tropel se disputan la preferencia y en carrera desenfundada avanzan por la pendiente de Cibeles a Sol. De pronto un guardia enarbolado la «porra» y, al sonido jovial de su silbato se han detenido todos como si repentinamente se hubiera extinguido el movimiento; yo también me he detenido, no a la intimidación del digno representante de la autoridad, sino porque unos pasquines níveos, de clara escritura, resaltan sobre la sucia valla que cerca un edificio en construcción, y me acerco a enterarme acuciado por la curiosidad. Veo con asombro que la gente lee y se aleja contrariada reflejando su rostro la desilusión y la contrariedad. He comprendido todo intuitivamente, se trata de alguien que invoca la caridad, y ellos, incautos, ávidos de noticias ruidosas, esperaban una hecatombe política o un desquiciamiento planetario...

Se trafa, en verdad, de un mendigo, pero no de un mendigo vulgar, sino de un artista; no nos metamos a discutir sus méritos, de un muchacho que cultiva el Arte y pide a las almas generosas, a cambio de su modesto trabajo, unas monedas para combatir su mise-

ria, para aplacar el hambre, para extinguir la sed; las pide en nombre del arte, esa palabra mágica que hipnotiza nuestro ser y embriaga nuestra alma, invoca a nuestro Dios, a nuestra mujer amada, en fin, a nuestro todo, que nada mas sentir vibrar su nombre armonioso, se conmueve hasta lo mas profundo de nuestro ser.

Pobre muchacho, eres uno más, yo, como hermano y compañero te saludo desde estas columnas, no puedo socorrerte, estoy tan necesitado como tú, pero no invoco la caridad, porque es palabra vana, no existe; cuando de ella se habla o se practica es por tapar algo repugnante. Comprendo la magnitud de tu tragedia; tu cabeza, exornada con tu pulcra cabellera simbólica, es un enorme crisol, donde se combinan ensueños y quimeras, ilusiones y anhelos; sus frutos son las piedras preciosas de tu arte que lanzas generoso a la multitud para combatir los insultos, ironías y flechas ponzoñosas de que te puebla la senda. Pero sigue, no hagas caso, no retrocedas, prosigue soñando, porque hay veces que la ficción no llega a la realidad, digamos con Flamarión, y la inteligencia dotada de la inventiva mas poderosa no logra reconstruir en su mente la gigantesca magnitud de la creación en la sencilla eternidad del tiempo. Tu dolor lo compartimos todos los que comulgamos en los templos del arte, los que nos inmolamos en sus aras y por acercarnos un poco a su alma daríamos orgullosos y satisfechos hasta la última ilusión de nuestro espíritu. Vivimos en un mundo verdade-

ramente utópico, no como es, en realidad, sino como debiera de ser, y esto nos aparta algo del seno de la actual sociedad ya resquebrajada y pronta a desmoronarse.

Algún día, cuando tu musa rebelde lance sus dardos poderosos, alguno de los que hoy te desprecian y miran distraídos palidecerán. Un Napoleón, que ante nada tembló, enmudecía cuando Víctor Hugo pulsaba su plectro.

Antonio Linage

DEL IMPERIO DE DON JUAN

Con el barro maloliente que el invierno amasa llegan hasta nosotros las zarpas de la estulta leyenda donjuanesca. Cada año viene Mefistóles con el mágico espejo en el que retrata la silueta del pecado para reflejar la grotesca historia de un pueblo embrutecido por muchos siglos de educación rutinaria. Todos los años, como autorizada ley cronológica, vemos en casi todas las capitales de España la representación de la eterna pantomima de las burlas sexuales; vemos lo teatral y lo cómico de la vida española pendiente de *nuestras narices*; vemos la burda escenificación de nuestras cotidianas acciones, la realidad de siempre, pasada, como irónica película, por nuestra retina. Nuestra propia conciencia revelada, fotografiada, hecha relieve; las imágenes de nuestra vida oscilando como una amenaza en el espectáculo del mundo, en el cual, socialmente, todos somos protagonistas.

El personaje central de la obra cumbre de Zorrilla considerado por algunos médicos es un necio o un loco; considerado por escritores satíricos y demócratas un mamarracho; considerado por el autor de estas líneas es una aleación de tantas solemnes tonterías de las que está plagada la sociedad. Don Juan

es una interpretación genial del temperamento hispano: gallardo, fanfarrón, inculto, jocoso y poco flexible para decir la verdad. El pobre Don Juan es el producto deleznable de una civilización que rueda por la vía gastada y mohosa de una religión falta de vigor filosófico. Es la resultante de una Ética hecha con golpes de pecho y relicarios; el efecto de una causa que sólo pueden resolver los hombres que pongan la educación racionalista por encima de los innumerables prejuicios de esta época de transición.

Si la vida del hombre en su cruda realidad pudiera escenificarse, llevarse al lienzo o a la novela, retrocederíamos ante la repugnancia de nuestros hechos.

Pero Don Juan no es más que el leve bosquejo del empedernido seductor de incautas doncellas y resulta para el populacho un sér excepcional y hasta encantador. Si a ese Don Juan se pintara sin el fastuoso ropaje que le cubre, llevando en vez de espada su degeneración y en vez del airoso sombrero sus cuernos de fauno, quizás poco a poco fuéramos avergonzándonos y buscando otra norma de vida.

Yo interpreto a Don Juan, en su fea manera, tal como es, y creo que una nación que deifica a un personaje tan bajo y mezquino es un país perdido moral e intelectualmente (?).

Yo veo a Don Juan hecho un calavera, borracho, calamitoso, gritando en la calle; veo a Don Juan persiguiendo modistillas; en el confesionario iniciando su erotismo a candorosa niña; en la *soirée* de tal o cual lésbica marquesa; en el más sucio burdel creando en los alambiques del vicio la sífilis contaminadora; veo a Don Juan metido en casa del buen y confiado amigo insinuando a la esposa de éste, dúctil ante el adulterio, ciertas engañosas expansiones sensuales; dentro de la propia morada seduciendo a la pobre doméstica, sabiendo que en habitaciones cer-

canas respiran esposa e hijos; en casa de la ramera, a quien costea un espléndido tren de lujo, mientras los hijos y la esposa esperan los rigores de la ruina.

Don Juan en el templo, Don Juan en el palacio, Don Juan en la pocilga.

Hay que desterrar a Don Juan de nuestra vida, porque Don Juan es una vergüenza; porque Don Juan es ridículo, el muy cretino y asqueroso, tiene que desaparecer por la influencia regeneradora de los que luchan por la higiene sexual de los pueblos. Hay que matar en la fantasía popular la figura de ese héroe fantoche que se enorgullece diciéndose:

Y donde quiera que fui
la razón atropellé,
la virtud escarnecí,
y en todas parte dejé
tristes recuerdos de mí.

He ahí el héroe que cada español quiere llevar dentro de sí. Quiere ser eso: el burlador, el violador de doncellas, el incontinente, el adúltero, el poseído de fiebre lúbrica que en todas partes donde posa sus miradas de gusano inmundo y lujurioso quiere representar una farsa pasional para dar rienda suelta al desenfrenado apetito de la carne.

Problema de educación para los ilustres pedagogos: Tras la sombra de Don Juan dormita el alma atormentada de Don Quijote.

M. Medina González

Sevilla, Noviembre 1926.

LO QUE ERES...

Eres luz que ilumina mis sentidos.
me das valor si me hallo extenuada,
y si mis sentimientos son heridos,
tú borras mi dolor con tu mirada.

Eres el cáliz en que bebo ansiosa
hieles, dulzura, amor, todo... ilusión;
eres mi cruz, también serás la fosa
que guarde mi tesoro; el corazón.

Al ser tú el cauce de mi vida entera,
no puedo refractarme a mi pasión,
y si quiere vencerme la químera,
ella será la hoja, yo el ciclón.

Si quieren que abomine tu cariño
a fuerza de martirio y de porfía,
te querré siempre, como cuando niño
con gran amor tu madre te quería.

Carmen Moreno y Díaz-Prieto

LA LIBERTAD Cómo la reciben los pájaros

(CUENTO)

Gateando por el tronco del árbol subió Manolo hasta las ramas. Una vez en ellas, no sin riesgo de desnucarse, ganó la más alta de todas. Allí oculto por un cortinón de fragantes y húmedas hojas, estaba el nido que fabricaron dos jilgueros, acolchado con sus plumas para más lujo de las crías.

Aquel nido fué, durante semanas, ansia y desvelo de Manolo. Lo descubrió cuando sólo era canastillo de calientes y barnizados huevos. Había que esperar.

Manolo esperó, vigilando con astuta cachaza el romper de los cascarones; el salir, por la rotura, de los pollos; el brote en ellos del plumón; el fortalecimiento de patitas y de alas. Ni un día dejó de encaramarse al árbol para contemplar el cestillo donde palpitaban las crías, bien ajenas de que eran presa declarada para aquel conquistador de ojos azules y cabellos rubios, que el aire peinaba en caracoles.

Más ajenos aún de la asechanza vivían los jilgueros padres. Manolo sólo en ausencia de ellos visitaba el nidal. A los amaneceres, cuando iba la pareja en busca de

arroyos mitigadores de su sed, o al caer el sol, cuando revoloteaba por el lejano peñascal para despedirse del astro, ascendía el rapaz a las ramas, y separando el cortinón de hojas, clavaba sus ojos ladrones en los pollos. Después echaba tronco abajo, contando mentalmente los días que faltaban para el de el enjaule de su presa.

Este día llegó. Fué aquel en que Manolo trepaba por el tronco del árbol y se encaramaba a la rama última y extendía sus manos hacia el nido donde los pájaros saltaban.

Subió sin precaución alguna, sin ocultarse de los padres, que revoloteaban por encima de su cabeza, amenazándole con sus engarfiadas garrillas. ¿A qué las precauciones? Los padres no le podían estorbar; eran débiles para defender a sus hijos. Dentro de poco estarían éstos en poder de Manolo.

Por eso y para eso llevó al pie del árbol una jaula. En ella acomodaría a sus prisioneros, dejando a los padres el cuidado de alimentarlos hasta que los prisioneros pudieran valerse por sí propios. Entonces daría libertad a las hembras, dejando a los machos en permanente cautiverio para que alegraran con sus trinos la casa.

Tras el niño fueron los padres de los presos. A veces se tropezaban en el aire; otras se dejaban caer juntos, llegando hasta el ras de la jaula rozándola con sus temblorosas patitas. Luego se alzaban al espacio describiendo círculos sobre la cabeza del ladrón.

Apenas puesta por Manolo la jaula en el alféizar del campesino ventanal, los dos jilgueros, sin aguardar que se retirara el muchacho, sin temor al daño que éste pudiera hacerles, se aferraron a los barrotes, metiendo por entre ellos sus picos, buscando las bocas de las crías: dijérase que las besaban.

Al fin se alejaron, posando sobre una acacia próxima, ennegrecida por la sombra crepuscular.

Aquella tarde no fueron a despedir al sol.

Era el día franja imperceptible en Oriente y ya cantaban sobre la acacia] los padres de los pájaros prisioneros. No cesaban su canto hasta que la jaula aparecía en el alféizar. Llegábanse a ella los jilgueros y procuraban forzar los mimbres con sus garras y con sus picos; después viendo lo inútil de su afán, abrían las alas y se alejaban rápidos, silenciosos, sin que un gorjeo alegrara su viaje.

A poco volvían, trayendo alimento y agua a sus hijos. Estos avanzaban hasta el límite de su prisión con las bocas amarillosas, de par en par abiertas. Metían sus padres el pico por los huecos de los barrotes e iban depositando en aquellas bocas glotonas, simientes y granos machacados, gotas de agua que aun conservaban la frescura del manantial.

No venían juntos. Venían separados, cruzándose en la atmósfera, alejándose el uno de la jaula antes de que llegase el otro, juntándose en el aire, deteniéndose en él un segundo y siguiendo después su marcha, el uno hacia sus hijos, el otro hacia las siembras, donde el grano brillaba como oro entre los surcos, hacia las fuentes donde el agua cae gota a gota, como una lluvia de brillantes.

Era de notar cómo los padres no daban a un mismo hijo el alimento dos veces seguidas; lo distribuían por turno, sin error nunca en el reparto. Diríase que al tropezarse en el espacio, al detenerse en el aire un segundo, preguntaba el que llegaba al que volvía:

—¿A quién diste ahora?

—A Fulano.

—Entonces le toca a Mengano.

Y por la boca de Mengano entraba el grano color de oro o la gota de agua diamantina.

Gran regocijo era para Manolo contemplar aquellas idas y venidas. Muchas veces, acodado en el ventanal, punto menos que tocando con sus dedos la jaula, seguía el trajín afanoso de sus cautivos y el trabajo de sus mantenedores. Estos parecían no reparar en

él. Alimentaban a sus hijos, alegraban su cautividad con gorjeos, o aferrándose a los barrotes batían contra ellos sus alas y mordían con sus picos el mimbre. A veces ponían en Manolo sus ojos negros, rencorosos, ardientes... El muchacho reía y los pájaros se alejaban con temblores de odio en la pluma.

Ya los cautivos recorrían la jaula con planta firme y presurosa; sus alas se abrían en traza de volar. ¡Triste vuelo que sólo llegaba hasta la techumbre de mimbre, desde la cual se dejaban caer los pajarillos, estirando el cuello hacia los azules del espacio, donde cabeceaba el sol!

Los padres seguían proveyendo a su manutención, pero en ocasiones retrasaban sus viajes; otras permanecían inmóviles enfrente de la jaula, clavando en ella sus pupilas tenaces; después se acercaban uno a otro, doblaban los cuellos hasta unir las cabezas y cerraban sus picos como si hablasen por lo bajo, de oído a oído, consultándose...

Al ver a Manolo hacían ademán de lanzarse contra él.

Después huían para reunirse en el árbol a la casa frontera. Allí permanecían quietos, mudos, sin endulzar con sus gorjeos la tristeza de los esclavos.

Hubo un día en que apenas se aproximaron a la jaula.

—¡Aunque no vuelvan más!—monologó Manolo—. Los pajarillos pueden mantenerse a sí propios. Mañana haré la separación de los machos. ¿Por qué mañana? Hoy mismo.

Dicho y hecho.

Metiendo la jaula en su cuarto y levantando el cierre, sacó las hembras, que eran dos. Abrió la ventana y las dejó encima del alféizar.

Pronto se lanzaron a la atmósfera piloteadas por su padre, que al detenerse con ellas,

encima de la acacia, prorrumpió en un himno triunfal.

Paró el canto de pronto, al colgar Manolo del alféizar la jaula donde aleteaban los machos. Sus padres, al verlos, saltaron de las ramas, giraron y regiraron en torno de los mimbres, y gritando, mejor que piando, hicieron rumbo con sus hijas a un árbol más distante.

Fué al mediodía, mientras almorzaba con sus padres Manolo.

Los jilgueros llegaron a la jaula, cuyos mimbres rechinaban acariciados por el viento. Breves instantes permanecieron contemplándola. Después se aferraron a los barrotes, sacudiendo la jaula, piando con furia. Sus garras tiraban de los mimbres, sus picos los mordían... ¡Inútil! ¡Inútil como siempre! ¡Eran pocas sus fuerzas para libertar a los cautivos!...

Entonces llamaron suavemente a sus crías.

Estas avanzaron abiertas las bocas relampagueante de amor el azabache de los ojos.

Súbito retrocedieron; tambaleándose; rodando fueron hasta el rincón último de la jaula; allí quedaron encogidas, apelotonadas, hechas un temblante montón de plumas.

Cuando Manolo fué en busca de la jaula halló agonizando a los presos. No tenían ojos, no tenían tampoco lengua. Sus padres habían arrancado los unos a golpe de garra y cortado a tajo de pico las otras.

Cortaron las lenguas para que el esclavo no cantara al señor. Cegaron los ojos para que el esclavo no viese con ellos horizontes que nunca podrían sus alas recorrer.

Joaquín Dicenta

BICARBONATO TORRES MUÑOZ

CORRESPONDENCIA

J. B., de Tafalla.—¿Usted cree que el amor tiene que ser rubio? Pero ¿de donde ha sacado usted esa cursilería?

E. de los R., Madrid.—Sus versos son muy «monos» y por esto le aconsejamos que se dedique al doctor Voronoff.

A. M., Cádiz.—Tiene usted un pequeño defecto al escribir: que ni por casualidad «pone» bien una palabra. Aparte de esto, y

de que la sintaxis para usted no existe, sus artículos son bastante *acceptables*.

L. H., Santander.—Muy bien, don Luis; pero su poema es un poco pesado, bastante pesado, muy pesado, ¡pesadísimo!

A. de M., Madrid.—Aceptado.

R. R., Barcelona.—Inacceptable.

No se devuelven los originales

SECCION ESPECIAL POR PALABRAS

De una a ocho **50** céntimos, cada palabra más **10** céntimos.

Casa Fernández. Tejidos, novedades para señoras y niños. Colegiata, 20 (esquina Toledo).—Madrid.

Hijos de A. Deza. Bañones, paraguas y óptica. Primera casa en composturas. Carretas, 33. Casa fundada en 1850.

Eslava. compra, venta, peritaje y tasación de toda clase de alhajas, oro, plata, platino y piedras preciosas. Clavel, 2.—Madrid.

Papelería-Impronta. Crespo. Mayor, 47. Madrid. En el acto arreglamos la stilográfica.

Para conservar vista, cristales Punktal Zeiss. Casa Dubosc, óptico. Arenal 21.

Juan Lafora. Plaza de las Cortes, 4.—Madrid. — Antigüedades.

COMADRONAS

Partos. Josefina López, últimos adelantos. Pez, 19, segundo.

Análisis clínicos

Reacción Wasserman
para el diagnóstico de la sífilis

Análisis de la orina

Microbiología

Vacunas y sueros

Alcalá, 53, 2.º izq.

Ornamentación.—Arte decorativo.—Imitación.—Arte antiguo y moderno.—Salones de época y restauración de techos, parquetes y portadas.—Trabajos de imitación sobre madera, cristal, mármoles y esmaltes.

Antonio Castán Sevigné

Campoamor, 20

CASA WADEL

DE

ERNESTO WADEL

Carlos Pellegrini, 918 - BUENOS AIRES



Las moscas no resisten la acción del Líquido LIBER, que mata a millones por día. El litro, pesos 3,50, y el medio litro, pesos 2,25. Aparato vaporizador especial, 1,95. Polvo LIBER para matar moscas. La caja fuelle, 1,50.

Balneario de INCIO (Lugo)

Aguas ferroginoso mangonesianas
Variedad arsenical

Especialmente indicadas en la anemia
y enfermedades propias de la mujer

TEMPORADA OFICIAL:

De 1.º de Julio a 20 de Septiembre

Harina de VITAMINAS LLOPIS de sabor agradable

— “ N A T E L ” —

Para niños y ancianos

Tolerado perfectamente incluso para los organismos más delicados

Adoptado en la Inclusa y Asilo de Santa Cristina, de Madrid
Inclusa, de Barcelona.—Hospitales, etc., etc.,
por sus excelentes resultados.

Laboratorios A. LLOPIS

ROSALES 8 Y 12.—MADRID

Gran Hotel Central

San Sebastián



El mejor montado y

más económico de

los hoteles modernos

Propietaria: VIUDA DE CARRIÓN Y C.^a

Unguento MORRITH

Unico que estirpa Callos y Verrugas,
Durezas y Ojos de Gallo

1,25 PESETAS TARRO

FARMACIA CENTRAL

PUEBLA, II. - MADRID

GRAN LABORATORIO PARA DESPACHO DE FORMULAS, EM-
PLEANDO EN LA CONFECCION DE LAS MISMAS PRODUCTOS
- - QUIMICAMENTE PUROS DE LAS MEJORES MARCAS - -